

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

Las raíces de la violencia del hombre contra la mujer: reflexión sobre la construcción de la masculinidad.

Daniela Rubinacci*

* Psicóloga, Operatrice Centro Antiviolenza A.u.r.o.r.a, Operatrice Sportello S.A.L.V.A

PALABRAS CLAVE

Genero, Violencia, Hombre, Masculinidad, Mujer

KEYWORDS

Gender, Violence, Man, Masculinity, Woman

RESUMEN

La segunda mitad del siglo pasado vio un interés creciente en los hombres y sus vidas, con una proliferación de literatura sobre las emociones de los hombres, sus relaciones con sus parejas, su salud, su sexualidad y la construcción de la masculinidad junto con la llamada "crisis de la identidad masculina". La profundización de estas preguntas muestra cómo existen modelos sociales relacionados con la violencia ejercida por hombres contra mujeres. Para combatir la violencia de género, por lo tanto, es necesario centrar la atención en los modelos sociales de construcción de la masculinidad y en la relación entre la masculinidad y la violencia y la masculinidad y el poder.

ABSTRACT

Male violence against women is not a problem that only affects women who are victims of it. It is rather a question that concerns mainly men. In recent years, there has been a significant turning point in policies aimed at combating male violence against women, which sees the involvement of the perpetrator of the violence in contrast to it, both in a perspective of prevention and in terms of treatment. This change of perspective originates from the growing interest in men and their lives that characterized the second half of the last century, with a proliferation of literature concerning men's emotions, their relationships with partners, men's health, their sexuality and the construction of masculinity together with the so-called "crisis of male identity". The deepening of these questions shows that there are social models connected to gender violence. To combat male violence against women, it is therefore necessary to focus attention on the social models of constructing masculinity and on the relationship between masculinity and violence and masculinity and power.

INTRODUCCIÓN

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

La violencia machista contra las mujeres no es un problema que solo afecta a las mujeres que la sufren. Es más bien un tema relacionado principalmente con los hombres.

Para comprender las raíces de esta violencia, es necesario explorar lo que durante mucho tiempo fue un "continente negro": la masculinidad.

En el 1929 Freud declaró que "la vida sexual de las mujeres es el oscuro continente de la psicoanálisis". Incluso en los últimos años, la masculinidad era un elemento claro y natural y nadie pensó que pudiera cuestionarse. Las afirmaciones feministas que caracterizaron el siglo pasado llevaron a la mujer a redefinirse y el hombre se vio obligado a hacer lo mismo.

La dificultad masculina en relación a la transformación que están viviendo los roles sociales es, sin duda, uno de los motores de la violencia, en la historia y en las relaciones. Vedovati sostiene que "en la vida de muchos hombres el vínculo con una pareja reproduce aquello social, se define a través de palabras como pertenencia, control, traición y alimenta una idea trágica de la política, donde uno gana o muere, donde el conflicto es en realidad una vía de escape de la relación" (Vedovati, 2013, pp. 262-263).

La desaparición de las certezas de la cultura patriarcal y la nueva libertad de las mujeres no solo han generado un escenario de resentimiento masculino, sino también un laboratorio donde los hombres que desean reflejar la experiencia de la libertad también tienen una oportunidad para ellos mismos y vivir de forma diferente su propio "Ser hombres" (Vedovati, 2013).

En los años noventa del siglo pasado hubo un interés cada vez mayor en los hombres y sus vidas, con una proliferación de literatura sobre las emociones de los hombres, sus relaciones con la pareja, con los padres, con los hermanos y con los hijos, la salud de los hombres, su sexualidad y la llamada "crisis de la identidad masculina".

Este nuevo interés en el "hombre" tiene sus raíces en los Men's Studies.

Los Men's Studies nacieron en los Estados Unidos durante los movimientos militantes activos entre los años sesenta y setenta, caracterizados por la oposición al estereotipo tradicional de género basado en una jerarquía de poder autoritario. La movilización política, que va desde las primeras ocupaciones de los campus universitarios (1964) hasta la derrota en Vietnam (1975), plantea progresivamente no solo una crítica del autoritarismo y de las formas políticas, sino también reserva un nuevo espacio para las relaciones interpersonales, de experiencias, de deseos, de la relación público-privada, de formas de vida, de lenguaje. Estas cuestiones ahora adquieren relevancia política.

Vedovati observa que "lo masculino ha comenzado a hacer autoanálisis, a tomar una posición en su propia historia, a cuestionar los roles sociales tradicionales, a descubrir la multiplicidad de identidades de género y a oponerse a los estereotipos sexuales" (Vedovati, 1999, p. 81).

Esta nueva forma de pensar acerca de la masculinidad se expresa en posiciones que crean diferentes áreas y corrientes. Una de estas corrientes es el movimiento de hombres mitopoéticos fundado en la década de 1980 por Robert Bly. El movimiento mitopoético anti-feminista trabaja para contrarrestar la "crisis masculina". En este caso, la construcción de la masculinidad debe estar inspirada en el ideal viril del hombre salvaje, el hombre real y salvaje (Robert Bly, 1990).

Estas posiciones traen consigo las historias de experiencias personales caracterizadas por el sufrimiento en la relación entre los géneros. Esta ideología

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

agresiva y victimizadora ha sido ampliamente exitosa, confiando en la ambigüedad de posiciones y en la difusión de descripciones del hombre víctima que sufre de favores sociales reservados a las mujeres.

Uno de los primeros movimientos que, al diferenciarse del movimiento mitopéico, se dirige hacia una nueva construcción de la masculinidad es , en el área de los Estados Unidos, el *feministmen's movement*, atento a la experiencia histórica del feminismo. El movimiento reconoce el género como una construcción social y rechaza los roles sexuales tradicionales que el hombre ha reservado.

Los movimientos reflexivos de los hombres comienzan a cuestionar la construcción social del género masculino, impulsada por estímulos feministas y cuestionada por las consideraciones de las mujeres sobre los roles sociales y su determinación. La crítica feminista de la teoría de la internalización de los roles sexuales causó un shock en el género masculino (Connell, 1996), lo que resultó en un profundo replanteamiento de las "certezas" relacionadas con el rol sexual masculino, ahora concebido como opresivo (Farrell, 1974). Sobre la base de teorías feministas, los estudios sobre hombres han desarrollado un debate dentro de las instituciones académicas desde la década de 1980, entrando en el panorama de los estudios de género. Connell (1996), al analizar estos primeros intentos masculinos de cuestionar el papel sexual del hombre y su construcción, subraya la falta de originalidad de estas teorías y sus pobres resultados prácticos. El límite fundamental de estas prácticas de reflexión reside en el intento de elaborar una comprensión de la dinámica del poder, en analizar las diferencias en los roles entre hombres y mujeres sin tener en cuenta la violencia y la coacción, como si hubiera un consenso general con respecto a la construcción de los roles como son. Este límite relacionado con la reflexión sobre el poder está en realidad relacionado con el hecho de que la literatura sobre lo masculino considera el cambio como algo que viene de fuera y no lo considera como la consecuencia de una dialéctica interna a las relaciones de género. La teoría del rol masculino es esencialmente reactiva, incapaz de traducir la reflexión en una perspectiva política de cambio (Connell, 1996).

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD MASCULINA: EL CAMINO DIFÍCIL DE SEPARAR DE LA FEMINILIDAD.

¿Cómo se construye la masculinidad? En *XY La identidad masculina* Elizabeth Badinter trata en profundidad el proceso de identidad masculina en un camino que comienza con el desarrollo prenatal. En este sentido (Badinter, 1993, p. 65) argumenta: "La formación del varón está presidida por un dato natural, universal y necesario: su lugar de nacimiento materno. Esta particularidad de que el niño es alimentado físicamente y psíquicamente por una persona del sexo opuesto determina su destino de una manera más compleja y dramática que la de la niña. Genéticamente, el macho posee todos los genes presentes en la hembra XX y además hereda los genes del cromosoma Y. En cierto sentido, el macho es la hembra más algo" (Badinter, 1993). Sin embargo, esto también significa que el sexo femenino es el sexo básico en todos los mamíferos.

En la vida intrauterina durante las primeras semanas, los embriones XY y XX son anatómicamente idénticos, dotados de los conductos masculino y femenino: son, por lo tanto, sexualmente bipotenciales. Mientras que en el feto femenino la diferenciación comienza después del segundo mes, en el feto masculino

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

la presencia del cromosoma Y ya impone hacia el día 40 "una rápida masculinización del boceto, sin la cual evolucionaría hacia el tipo ovárico" (Jost, 1978, pág. 87). Así, el macho se construye contra la feminidad original del embrión. Convertirse en hombre es una lucha constante durante el desarrollo. (Badinter, 1993).

Durante estos nueve meses el niño vive en un estado de fusión con la madre. Esta fusión persiste durante los primeros meses cuando el niño es absolutamente dependiente de la madre y luego se diferencia de ella muy lentamente. En esta fase, la relación con la madre es "única, incomparable, inalterable, y se convierte para los dos sexos en el objeto del primero y más poderoso de los amores, el prototipo de cada futura relación emocional" (Freud, 1940).

Al mismo tiempo, este amor puede ser percibido como una amenaza si la madre no responde satisfactoriamente a la pasión del bebé, mostrándose muy poco, o muy poco cariñosa. La cantidad correcta de amor materno es aún más importante cuando se dirige a un hombre: "demasiado amor le impediría convertirse en hombre, pero muy poco puede causarle problemas" (Badinter, 1993).

Para convertirse en hombre, se requiere que el niño no solo se diferencie de su madre, sino que también reprima esa pasividad que lo vió como uno con ella.

Stoller (1989) cree que los temores de la homosexualidad, como la mayoría de las "raíces de lo que llamamos masculinidad, es la preocupación de ser fuerte, independiente, duro, cruel, polígamo, misógino y perverso" (Stoller, 1989 pág. 151) tienen su origen en el proceso de diferenciación del hombre de la figura materna: solo si el niño podrá separarse sin problemas de la feminidad y más propiamente de la feminidad de la madre, podrá desarrollar "esa identidad de género más tarde de lo que llamamos masculinidad" (Stoller, 1989 p. 151).

Así se introduce el constructo de proto-feminidad en el hombre, un concepto argumentado de manera muy diferente por los estudiosos.

El concepto de profeminalidad fue tratado por primera vez por Stoller, quien, en respuesta a las teorías de Freud sobre la masculinidad innata, hizo una revolución radical.

Freud, quien consideraba que la profeminalidad no existe, creía que "la masculinidad es la forma original y natural de la identidad de género en ambos sexos y que resulta de la primera relación de objeto heterosexual del niño con la madre y de la primera relación de objeto homosexual de la niña con la madre" (Stoller, 1989, pp.307-308). Stoller, por su parte, teoriza que durante la primera etapa de la vida, caracterizada por la simbiosis madre-hijo, la relación homosexual madre / hija solo puede aumentar el sentimiento de identidad en la mujer, mientras que en el hombre la identificación preverbal representa un obstáculo a superar (Stoller, 1989).

Por lo tanto, el macho debe hacer todo lo posible para destruir sus impulsos proto-femeninos. El comportamiento que las sociedades definen como masculino consiste, en retrospectiva, en maniobras defensivas: miedo a las mujeres, miedo a mostrar la menor feminidad.

De esto podemos deducir las actitudes del hombre común: ser groseros, beligerantes, ruidosos, maltratar y fetichizar a las mujeres. "El primer deber de un hombre no es ser mujer" (Stoller, 1989, p. 311).

El aspecto peculiar de la identidad masculina se ubica en la etapa de diferenciación del femenino maternal. La similitud y la solidaridad entre los hombres se construyen a través de la separación de las mujeres y, sobre todo, de

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

su madre. En los tres años posteriores al nacimiento, el niño debe fortalecer los límites entre él y su madre para separarse psíquicamente de ella. En esta fase la presencia del padre juega un papel importante.

Nancy Chodorow señala que "los hijos de padres ausentes elaboran una idea de masculinidad identificándose con las imágenes culturales de este último y eligiendo a hombres famosos como modelos masculinos" (Chodorow, 1979, p.176). En estos casos, la desidentificación, que trae consigo la negación y el rechazo de lo femenino sin la ayuda de un modelo de identificación positivo, es la base de una identidad masculina más negativa que positiva (Chodorow, 1979).

Interesante es el análisis de Rubin (1986) que relaciona esta separación con la violencia masculina: la agresión masculina hacia las mujeres se lee como una reacción a la pérdida temprana y al sentimiento de traición que la acompaña.

La separación de la madre conlleva una fractura interna cuyo producto es el desprecio por la mujer, desprecio que se origina por el miedo y no por la arrogancia: "el miedo que siente el niño que se ve obligado a rechazar la presencia omnipotente de la madre" (Rubin, 1986). , pp. 69-70).

En las teorías freudianas, el desprecio por las mujeres se origina en la inferioridad orgánica de esto, siendo similar al niño pero sin el pene (Freud, 1925). Janine Chasseguet-Smirgel (1988) ve "detrás del fuerte desprecio una [...] imagen materna poderosa, envidiada y aterradora".

La lucha para convertirse en varones ciertamente no termina aquí.

La masculinidad que se define como tal se somete a pruebas de virilidad, pruebas de que, si no se superan, implican el rechazo del sujeto como hombre, el cuestionamiento de su pertenencia al género masculino por parte del grupo.

En el sistema patriarcal, existen diferentes métodos que transforman al adolescente en un "hombre real" (Badinter, 1993). Piensense en los ritos de iniciación, cuyo objetivo en diferentes sociedades es cambiar el estado y la identidad del niño para que renazca como hombre, a menudo a costa de no poco dolor.

La relación entre la masculinidad masculina y la violencia es muy estrecha, el temor a ser considerado afeminado conduce a la agresión, la elección violenta puede ser una forma de afirmar la virilidad o una forma de defensa contra las acusaciones de incumplimiento (Glick et al, 2007). El modelo dominante de masculinidad se basa en la definición de elementos como la anti-feminidad, la centralidad del trabajo productivo y el éxito económico, la subordinación del género femenino, la agresión y la fuerza, el poder, el autocontrol, el no escuchar. Del cuerpo, sexualidad violenta, homofobia (Volpato, 2013). Lo masculino está sujeto a una educación en frialdad, en el manejo y control de los sentimientos (Belotti, 1977; Lipperini, 2007). Los juegos hacia los cuales los niños varones son empujados escenifican situaciones agresivas, de peligro y heroísmo, guerra, defensa contra aquellos que son diferentes (extraterrestres, monstruos, robots). Se dedica poco espacio al lenguaje, a favor de la expresión corporal.

Todas las características asociadas con la feminidad, como la emocionalidad, la sensibilidad, el escuchar, la atención a los sentimientos, tienen un significado negativo en la constitución de la masculinidad, y es a través de su negación que un hombre se convierte en hombre (Franco La Cecla , 2010).

La identidad femenina se cuestiona con menos frecuencia que la masculina (Gilmore, 1990), un signo del resto de minorías y libertad limitada reservada para el género femenino. Esencialmente, se produce una situación en la que la virilidad,

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

certificada por el verdadero hombre, debe construirse y definirse continuamente en contraste con las características femeninas. El macho se define en negativo en comparación con los rasgos femeninos típicos: un hombre es un hombre o un afeminado.

Pierre Bourdieu (1998, p. 65) argumenta que "la virilidad es una noción relacional, construida en frente de y para otros hombres y en contra de la femineidad, en una especie de miedo a lo femenino, y sobre todo a uno mismo".

Estas consideraciones son consistentes con las reflexiones hechas por los ecofeministas sobre la dicotomía como una forma típica de leer la realidad del patriarcado. El hombre se define a sí mismo como un hombre que destruye la femineidad, el hombre se define a sí mismo como un hombre que destruye la naturaleza. La definición de subjetividad se realiza a través de la negación de la diversidad, en el caso de la construcción de la masculinidad, del género femenino. Entre las "indicaciones de masculinidad" que Michael Flood (2002) elaboró, según lo informado por Volpato (2013), se incluye la violencia contra las mujeres. La violencia, por lo tanto, se entiende como un medio indispensable para definir la masculinidad, construida sobre la negación de lo femenino, la aniquilación de las mujeres. Los hombres que se ajustan al ideal de la masculinidad hegemónica aprecian la agresión como un rasgo distintivo del hombre real, haciendo que tal agresión contra las mujeres sea probable, si no "normal".

La violencia sirve para reconfirmar su derecho absoluto sobre las mujeres, un derecho que quizás se sienta amenazado por la posibilidad de que la mujer decida por sí misma. Además, la ideología masculina enseña a los hombres a considerar a las mujeres como un objeto del cual pueden disponer y habla del derecho de destruirlas cuando ya no se ajustan al deseo masculino, cuando no cumplen con las expectativas, cuando toman decisiones por sí mismas (Bongiorno, 2014).

Sin embargo, aunque la violencia es principalmente un fenómeno masculino, la interpretación según la cual los hombres serían violentos por naturaleza no encuentra respuesta. La mayoría de los hombres no lo son. Un estudio realizado por Lightdale y Prentice en 1994, concluye que si se eliminan las normas de género (una condición obtenida en el contexto experimental) las diferencias en el comportamiento agresivo entre hombres y mujeres son nulas (Lightdale y Prentice, 1994).

Por otro lado, es cierto que la mayoría de los hombres comparte la cultura patriarcal en que se origina la violencia. El origen de la violencia está dentro de la desigualdad subyacente en el sistema patriarcal (Bongiorno, 2014). Podemos concluir que la cultura patriarcal construye modelos de masculinidad agresiva.

EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA DEFINICIÓN DE IDENTIDAD.

Está claro que existe una conexión entre la masculinidad y la violencia y hay muchos estudios que han tratado de comprender el vínculo (Ferguson, 2004; Olavarria, 2001). Aunque la idea está muy extendida en la ideología popular de que los niños y los hombres son naturalmente propensos a la violencia, el sexo coercitivo y el riesgo, actualmente no existe evidencia científica de esta teoría. Si es verdad, de hecho, que la mayoría de las personas que cometen violencia son hombres, la mayoría de los hombres no son violentos, no violan, no matan. "Cuando las acciones violentas son emprendidas por una minoría de hombres,



Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

estos últimos generalmente se refieren a ideologías o prácticas que están generalizadas" (Connell, 2013, p. 13).

El entorno social de referencia apoya la violencia de género: en los medios de comunicación, en el discurso público, en el grupo de pares (Connell, 2013).

Por lo tanto, vale la pena reflexionar y preguntarnos cuáles son las ideologías involucradas en la construcción de la masculinidad que apoya la violencia.

Connell, en su ensayo Hombres, masculinidad y violencia de género, resume algunos de los resultados de la investigación sobre masculinidad, analizándolos en el contexto de la violencia.

"Ser hombre" significa diferentes cosas en diferentes comunidades y períodos históricos, y tiene diferentes significados incluso dentro de la misma sociedad, según las variables étnicas, de clase y culturales. Pero, nuevamente, dentro de la misma comunidad (compañeros de trabajo, clase universitaria), pueden coexistir diferentes modelos de masculinidad.

La mencionada coexistencia de modelos de diferentes masculinidades debe entenderse en un sentido no equitativo: las relaciones entre los modelos son jerárquicas. Algunas masculinidades, no necesariamente las más difundidas, son más celebradas y tienen más poder y prestigio que otras. Estos son los modelos que transmiten los medios de comunicación y en los que se inspiran los niños; Portadores de dones y virtudes, estos modelos son vistos como ideales.

Las instituciones son fundamentales en la construcción de las masculinidades: se definen colectivamente en el lugar de trabajo, en los grupos deportivos, en las "pandillas" de la periferia, en las fiestas, etc. El grupo construye sus características ideales de masculinidad, inspiradas en ciertos modelos. Connell recuerda, por ejemplo, cómo los modelos deportivos transmitidos por los medios de comunicación construyen una masculinidad agresiva.

Las masculinidades se construyen con comportamientos y acciones cotidianas, no son un trasfondo inmutable de la vida social, son su trama cambiante. Las masculinidades no son modelos simples, no son fijas pero pueden cambiar.

Por lo tanto, las identidades masculinas son múltiples, no igualmente poderosas y en continua transformación.

Los medios y las representaciones públicas idealizan a los hombres agresivos y propensos al uso de la violencia (Jackson Katz, 2003).

Lo que es desconcertante es cómo este modelo de construcción de la identidad masculina, incluso si, de hecho, tiene un siglo de antigüedad, sigue siendo relevante. El mundo cambia, la femineidad evoluciona y lo masculino permanece anclado a los edificios antiguos (Masenga, 2009), mientras que, de hecho, la sociedad cambia sus características.

La necesidad de lidiar con la representación masculina y cómo se cruza con la violencia emerge. Mia Consalvo publicó en 2003, en la revista "Feminist media studies", un interesante artículo titulado: The Monsters next door: Media constructions of boys and masculinity, insistiendo precisamente en la urgencia de ampliar la investigación sobre el tema. El autor elige la masacre en Columbine High School en Colorado como punto de partida, señalando la falta de estudios centrados en el género, con respecto al fenómeno de las masacres escolares realizadas por adolescentes varones, en relación con la representación masculina en los medios de comunicación. También en el campo de la investigación sobre la agresión sexual contra las mujeres, insistimos en la necesidad de profundizar en

Rubinacci D.

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

20

el estudio de la relación entre la representación masculina y la dominación de este modelo para poder trabajar en la prevención. El estudio de If "boys will be boys" than girls will be the victims?? (Murnen et al., 2002) lleva a cabo un análisis de los estudios que relacionan la ideología masculina con la agresión sexual, sacando conclusiones poco reconfortantes.

Es importante reflexionar sobre los procesos de construcción de estas nuevas masculinidades, los márgenes de elección y cambio que se ofrecen a los individuos, sobre los cuales debemos aprovechar para motivar una relación diferente entre los géneros. Las masculinidades se pueden destruir y reconstruir, y esta es la característica más interesante en términos de tratamiento y educación. Además, el proceso de cambio es constante en todos los períodos históricos, es un proceso continuo que avanza a través de la protesta.

Sin embargo, los cambios relacionados con la masculinidad aun no se relacionan con el estereotipo masculino principal.

Un estudio de Tami Bereska (2003) muestra cómo los modelos narrativos de la cultura popular de los años 30 y 90 representan la masculinidad de la misma manera, transmitiendo una masculinidad hegemónica caracterizada por los mismos valores: sentido de la aventura, control de las emociones, Jerarquía, competencia, lealtad. El discurso sobre la masculinidad no ha cambiado a lo largo del siglo, los componentes de la estructura del modelo masculino son los mismos (Bereska, 2003).

Básicamente, no percibimos un cambio en el estereotipo masculino y el papel del hombre. En cambio, hay un claro cambio en la mujer hacia el rol masculino (gerente, policía, mujer de carrera) pero sin que esto lleve a un cambio de rol y al estereotipo femenino tradicional (cuidado y trabajo doméstico, calidez, sensibilidad): así, las mujeres son vistas como un grupo social que se aproxima al extremo superior de la jerarquía de género, por lo que se percibe como una amenaza. Las reacciones son, de hecho, ambivalentes y, la hostilidad parece estar más dirigida hacia aquellas mujeres que asumen "posiciones masculinas" y rechazan los roles tradicionales. Esta "escalada" femenina exacerba un contexto de inseguridad y ansiedad masculinas sobre la necesidad de probar la masculinidad: "uno nunca es completamente masculino" (Mead, 1949; Bourdieu, 1998; La Cecla 2010).

MASCULINIDAD Y PODER

La violencia de los hombres puede interpretarse como una expresión del poder de los hombres o como el impulso de los hombres hacia el poder, la dominación y el control. Las mujeres feministas que han teorizado sobre la violencia masculina han interpretado la propensión de los hombres a la violencia desde la perspectiva de quienes a menudo son objeto de esta violencia. Kimmel (2013) sostiene que así es como las mujeres experimentan la masculinidad, pero no se corresponde con la forma en que los hombres viven su masculinidad. No sienten que son titulares de poder, individualmente se sienten impotentes. Esto puede explicar la razón del éxito de muchos grupos anti-feministas en los Estados Unidos, como el movimiento Robert Bly. Los grupos a favor de los derechos de los hombres argumentan que su sensación de impotencia es real y que las mujeres son las que tienen el poder.

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

La voz de estos hombres expresa un sentido de impotencia real, o lo perciben de esta manera. Sin embargo, no hay duda de que los hombres aún tienen mayor poder dentro de la sociedad y ahora se establece que esta disparidad se expresa en un modelo de sociedad que fomenta y tolera normas, valores y principios que perpetúan la posición inferior de las mujeres y los esquemas como causa y consecuencia de la violencia de género (Declaración de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, 1993).

El poder y la sensación de inseguridad pueden coexistir sin contradecirse, y es precisamente en esta aparente paradoja que, con vistas a la intervención social, es posible encontrar los márgenes de tratamiento del perpetrador. Deriu (2013) aclara el significado de la incomodidad masculina que se supone, especificando el significado amplio, del sentimiento de dificultad de un sujeto para sentirse bien consigo mismo y con los demás, una dificultad que se encuentra en el comportamiento relacional, social, cultural.

Los estudios realizados sobre los perpetradores de violencia en la década de 1980 (Gondolf, 1985; Stets, 1988) reconocieron que el factor de control era decisivo en los episodios de violencia doméstica. Sugirieron cómo la violencia actuaba como una reacción a una aparente pérdida de control (o percibida de alguna manera) en el entorno familiar, o como una herramienta para ganar el control de las personas más importantes en el contexto social, en el caso de la familia, la esposa y los hijos (Campbell, 1993).

Con referencia a la violación, Beneke (1982) examina la paradoja poder / sentido de inseguridad al analizar el lenguaje. La belleza y la sexualidad de una mujer se describen a través de un lenguaje de violencia y agresión: una mujer hermosa es una "bomba", un "choque". Los hombres se sienten asaltados por la belleza de la mujer, invade sus pensamientos y estimula los deseos fuertes contra su voluntad. Seducidos por la belleza, los hombres se sienten vulnerables, sin poder (Beneke, 1982).

Después de cometer este acto de agresión, las mujeres rechazan a los hombres, dicen no al sexo. En este sentido, "la violación es una forma de liquidar cuentas, de vengarse del rechazo, de compensarlo" (Kimmel, 2013, p. 26).

En 1988, Carmine Ventimiglia observó: "La violencia sexual, por lo tanto, más que referirse o incluirse en la categoría general de violencia, tiene que relacionarse con su elemento fundamental, la categoría de la sexualidad, que no solo indica su especificidad y grosor, sino También puede sugerir diferentes hipótesis de lectura. La relación sexual es el lugar de lo simbólico en el que la producción de violencia señala al mismo tiempo la intolerancia hacia la diversidad y el ejercicio visible de su control en una relación contrastante donde la diferencia se asume solo como un momento de negación o dominación (Ventimiglia, 1988, p. 19).

La elección de la violencia aparece como un medio de totalización, de reducir el otro a sí mismo. Diana Scully (1990) en su estudio sobre hombres condenados por violación ha recopilado testimonios interesantes: "La violación es un derecho humano. Si una mujer no quiere tener relaciones sexuales con un hombre, él tiene que tomarlo", le dijo un convicto. Diana Scully concluye que los hombres violan porque aprendieron que la violencia sexual es recompensada en esta cultura, porque nunca pensaron que podrían ser castigados, porque la posesión violenta de mujeres es un derecho.

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

Catharine Mackinnon (1989) teoriza un papel fundamental de la pornografía en la construcción de esta cultura del derecho a la dominación y la sexualización de la sumisión.

Esta brecha entre el ideal de poder y el derecho a la dominación transmitida por los modelos ideales de masculinidad y la realidad de las masculinidades más comunes (no hegemónicas) ofrece un interesante punto de partida para reflexionar sobre la violencia masculina contra las mujeres empezando por (y volviendo a) los hombres.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] Badinter, E. (1992). *XY: De l'identité masculine*, Parigi: Editions Odile. (trad. it. *XY: L'identità maschile*, Longanesi: Milano, 1993)
- [2] Belotti, E. (1977). *Dalla parte delle bambine*, Milano: Feltrinelli.
- [3] Bereska, T. (2003). *The Changing Boys' World in the 20th Century: Reality and "Fiction"*. The journal of men's studies, volume 11.
- [4] Bly, R. (1990). *Iron John: A Book About Men*, Addison Wesley: Reading.
- [5] Bourdieu, P. (1998). *Il dominio maschile*, Milano: Feltrinelli.
- [6] Campbell, L. (1995). *Parenting girls and boys*. Handbook of parenting (1), ed. Marc H. Bornstein.
- [7] Chasseguet-Smirgel, J. (1991). *I due alberi del giardino*. Milano: Feltrinelli.
- [8] Chodorow N. (1991). *La funzione materna: Psicoanalisi e sociologia del ruolo materno*. Milano: La Tartaruga.
- [9] Connell, R. W.(1996). *Maschilità*, Milano: Feltrinelli, 1996.
- [10] Consalvo, M. (2003). *The Monsters next door: Media constructions of boys and masculinity*. Feminists Media Studies, 3:1, pp. 27-45.
- [11] Deriu, M. (2003). *Cambiamenti di frame. La prospettiva cultural e politica del lavoro sulla violenza maschile*. In A. Bozzoli, M. Merelli e M.G. Ruggerini (a cura di) *Il lato oscuro degli uomini*. Ediesse
- [12] Farrell, W. (1974). *The Liberated Man* . New York: Bantam Books.
- [13] Freud, S. (1926). *The question of lay analysis, The standard edition of the complete psychological works*. vol. 20.

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

- [14] Freud, S. (1980). *Compendio di Psicoanalisi*. Torini: Bollati Boringhieri
- [15] Gondolf, E. Russel, D.(1987). *Man to man. A Guide for Men in Abusive Relationship*. Human Service Institute, New York: Sulzburger & Graham Publishing.
- [16] Jost A. (1978) *Le développement sexuel prenatal*. In *Fait féminin* (pp.85-90). Fayard.
- [17] Katz, J. (2003) *Advertising and the Construction of Violent White Masculinity: From Eminem to Clinique for Men. Gender, Race and Class in Media: A Text-Reader*, Dines, G. &McMahon Humez, J. (Eds.), Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 349-352.
- [18] Kimmel, M. (2013). *Che cosa c'entra l'amore? Stupro, violenza domestica e la costruzione dell'uomo*. In S. Magaraggia e D. Cherubini (a cura di) *Uomini contro le donne? Le radici della violenza maschile*. UTET Università.
- [19] La Cecla, F.,(2010). *Modi bruschi. Antropologia del maschio*, Milano: Elèuthera.
- [20] Lightdale, J. R., Prentice, D. (1994). *Rethinking sex differences in aggression: Aggressive behavior in the absence of social roles*. *Personality and Social Psychology Bulletin*, vol. 20.1, pp. 34-44.
- [21] Lipperini, L. (2010). *Ancora dalla parte delle bambine*. Milano: Universale economica Feltrinelli.
- [22] Masenga, Ilaria. *Uomini si diventa. Il Bildungsroman italiano del secondo Novecento: uno studio di genere*, Torino, Collana Cirsde Quaderni Donne & Ricerca, 2010.
- [23] Murnen, S. K. et al. (2002). *If "boys will be boys," then girls will be victims? A meta-analytic review of the research that relates masculine ideology to sexual aggression*. *Sex Roles: A Journal of Research*.
- [24] Rubin, L. (1986). *Des Etrangers intimes*. Parigi: Robert Laffont
- [25] Stoller, R. (1989). *Masculin ou feminine*. Parigi: PUF
- [26] Vedovati, C. (1999). *Il silenzio e la parola. Piccolo viaggio intorno ai Men's studies tra Italia e Stati Uniti*, in L. Balbo e B. Mapelli (a cura di) *Le parole delle pari opportunità*, Quaderno n°2 allegato alla rivista "Adultità" 10.

Doi: 10.23823/jps.v3i1.50

[27] Ventimiglia, C. (1988). *La differenza negata. Ricerca sulla violenza sessuale in Italia.*, Milano: Franco Angeli

[28] Volpato, C. (2013). *Psicosociologia del maschilismo*, Bari: Laterza.